

Desde las periferias: movimientos juveniles latinoamericanos en tiempos del covid-19

Rodrigo Alonso Barraza-García*

Universidad de Salamanca, España

*Insensatos-sensatos, ¿acaso no veis que la periferia será algún día el centro?
¿Que la Tierra, las culturas y sus sociedades se mueven sigilosamente como las
mismísimas placas tectónicas y que es conveniente estar informado de lo que en
el centro no quieren revelarnos?*

Es más, debo daros otra noticia: el centro, como tal, no existe.

Santi Balmes

Introducción: ¿y las juventudes... dónde están?

En la actualidad, las juventudes latinoamericanas se encuentran sujetas a múltiples tensiones, paradojas y urgencias que complejizan su comprensión y abordaje.

Con una población joven cercana a los 160 millones de personas en la región (Cepal, 2020), numerosas organizaciones y expertos internacionales han comenzado a alertar sobre la importancia de aprovechar este *bono demográfico*, lo que supondría, desde una óptica profundamente neoliberal, la posibilidad para más jóvenes de insertarse al mercado laboral y contribuir al crecimiento económico de sus países.

Aunado a lo anterior, en las últimas décadas ha podido observarse una proliferación inusitada de políticas, leyes, instituciones y programas dirigidos específicamente hacia las juventudes. En palabras de Vommaro (2017), presenciemos una *juvenilización* de la política, ilustrada tanto por el creciente

* Fondo Global para la Niñez. Programa de Investigación Posdoctoral en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud. Doctor en Estudios de Género y Políticas de Igualdad por la Universidad de Salamanca, España. Oficial de Programas en el Fondo Global para la Niñez. Orcid: [0000-0002-4959-7843](https://orcid.org/0000-0002-4959-7843). Correo electrónico: rbarraza@globalfundforchildren.org

interés de incorporar a las juventudes como un grupo beneficiario de las políticas públicas, como por la exaltación de rasgos juveniles como atributos positivos de militantes y dirigentes, incluso entre los adultos.

Así, las juventudes latinoamericanas se encuentran en el centro de lo que Slater (1998) denomina «guerras de interpretación». Es decir, existe toda una serie de discursos —académicos, gubernamentales, culturales, políticos, etc.— que reconocen explícitamente la *potencialidad* de las juventudes y que, al mismo tiempo, intentan encauzar las prácticas, los discursos y las políticas en torno a estas para alcanzar fines y objetivos específicos.

En el otro extremo, sin embargo, encontramos que persiste una mirada sumamente estigmatizante y disciplinadora de lo juvenil en casi todos los países de la región. A menudo se asocia a los jóvenes con la *apatía*, la *inexperiencia* y el delito, discursos que legitiman y naturalizan la violencia y la intervención correctiva (Rodríguez, 2013).

Por su parte, Valenzuela (2015) define dicha situación como un *juenicidio* regional a gran escala, refiriéndose no solamente al asesinato y la desaparición forzada de grupos específicos de población joven, sino a los procesos sociales que legitiman la violencia y la exclusión. Aquí se incluyen:

Los procesos de precarización económica y social, la estigmatización y construcción de grupos y sectores o identidades juveniles desacreditadas, la banalización del mal o la fractura de los marcos axiológicos junto al descrédito de las instituciones y las figuras emblemáticas de la probidad, la construcción de cuerpos-territorios juveniles como ámbitos privilegiados de la muerte, el narcomundo y el despliegue de corrupción, impunidad, violencia y muerte que le acompaña y la condición cómplice de un Estado adulterado o narcoestado. (p. 15)

La profundización del modelo neoliberal, el agotamiento de las formas políticas clásicas ligadas a las instituciones estatales y la incorporación subalternizada de las juventudes en los espacios de participación sociopolítica han dejado a millones de jóvenes latinoamericanos en situación de vulnerabilidad y exclusión social. Estas diversas desigualdades son aún más graves para las mujeres jóvenes, las minorías étnicas, la comunidad LGBTIQ+ y juventudes marginadas, que enfrentan prejuicios y discriminación de manera profunda y sistemática.

Ante este complejo panorama, agravado exponencialmente por la pandemia del covid-19, es necesario evitar tanto aquellas posturas que se traducen en la victimización de las juventudes, considerándolas sujetas y sujetos pasivos *hibridados* por una lógica cultural que se les impone desde afuera (Castro-

Gómez & Mendieta, 1998), como aquellas miradas neodesarrollistas que buscan *invertir* en las juventudes como si se trataran de un activo homogéneo que debe ser institucionalizado a toda costa.

Por el contrario, hoy más que nunca es esencial entender a las juventudes en toda su diversidad y riqueza experiencial. Situar a las y los jóvenes latinoamericanos como sujetas y sujetos políticos activos, permite reconocer las múltiples estrategias que estos despliegan cotidianamente para resistir, fracturar y subvertir el sistema colonial global.

Para lograr lo anterior, es necesario denunciar las miradas adultocéntricas y utilitarias hacia las juventudes y «ampliar los referentes de comprensión, como formas y prácticas de conocimientos de otros modos, acudiendo así a una visión latinoamericana y decolonial en la construcción del conocimiento sobre juventud» (Alvarado *et al.*, 2012, p. 33).

En este sentido, la pandemia del covid-19 no ha hecho más que revelar en toda su crudeza y profundidad situaciones estructurales de desigualdad y exclusión que afectan especialmente a las juventudes a lo largo y ancho del continente.

Al mismo tiempo, la emergencia ha mostrado la vitalidad, creatividad y capacidad de movimientos juveniles que, partiendo de lógicas comunitarias y poniendo en marcha *políticas del lugar* (Escobar & Harcourt, 2007), apuestan por una transformación global sustentada en la subversión del orden colonial.

En tiempos de pandemia, las tensiones entre *la juventud* —como objeto de discursos e intervenciones— y *las juventudes* —como una experiencia vivida llena de multiplicidad y contingencia— se vuelven cada vez más evidentes.

Solo el análisis crítico y situado que apueste por la ecología de saberes, la recuperación de la experiencia corporizada de las y los jóvenes y el conocimiento como práctica emancipadora nos permitirán vislumbrar caminos de resistencia y transformación social en medio de tal atolladero.

El objetivo del presente ensayo, por tanto, consistirá en analizar los impactos del covid-19 en los objetivos, estrategias, vivencias y alcances de dos de los movimientos juveniles más comúnmente extendidos en la región (el movimiento feminista y el movimiento estudiantil), develando también las principales estrategias de dichos movimientos para adaptarse y hacer frente al contexto actual.

Reconocer el alcance de los movimientos juveniles latinoamericanos durante estos tiempos aciagos implica apostar por la construcción de una ciudadanía juvenil *desde abajo* (Liebel, 2019) —entendida como la participación activa de los sectores juveniles en múltiples espacios sociocomunitarios, respetando su diversidad, su autonomía y su capacidad de incidencia—, para activar al mismo

tiempo canales de diálogo intergeneracional que avancen en la dignificación de nuestras sociedades.

Movimientos juveniles latinoamericanos: breve recorrido histórico

De acuerdo con Tarrow (2011), un movimiento social puede definirse como una colectividad excluida que mantiene una interacción sostenida con las élites económicas y políticas en busca del cambio social. Almeida (2020), por su parte, establece que los movimientos sociales se componen generalmente de grupos externos al poder institucionalizado que combinan estrategias poco convencionales junto con otras más convencionales para alcanzar sus objetivos.

Retomando a Tarrow (2004) el origen, la emergencia y el dinamismo de las movilizaciones sociales puede explicarse por la existencia de estructuras de oportunidades políticas (EOP) inscritas en contextos particulares que crean condiciones favorables para activar reclamos sociales (por ejemplo, el acceso institucional, la disminución de la capacidad represiva del Estado y la viabilidad para establecer alianzas).

Dichas estructuras generan repertorios de acción y ciclos de movilización dinámicos y diferenciados, por lo que analizar la acción colectiva juvenil requiere tener siempre presente el *campo sociopolítico* en el que dichas prácticas de despliegan.

En lo que respecta a América Latina, un hilo conductor que recorre la riqueza y la diversidad de los movimientos juveniles es «la preocupación por lograr transformaciones sociales que apunten a la ruptura de las sociedades de privilegios que han conformado históricamente nuestra región» (Espíndola, 2016, p. 10).

Tomando como base los planteamientos de autores como Celi (2018a) y Rodríguez (2013), puede establecerse que la juventud latinoamericana como *movimiento* se enmarca, en mayor o menor medida, en los siguientes ciclos de movilización, cada uno desplegado de manera diferenciada a lo largo de la región:

1. *Ciclo de conformación y expansión (1920-1940)*: las primeras reivindicaciones juveniles, ligadas indisolublemente al surgimiento de un movimiento estudiantil universitario, son resultado de una *crisis de la oligarquía*, por lo que sus principales demandas se orientan al reconocimiento de la autonomía universitaria y la creación de universidades al servicio del pueblo (Faletto, 2009). En ese sentido, el

movimiento juvenil se ubica en un *latinoamericanismo* creciente, es decir, en la búsqueda de una unidad política y sociocultural basada en la justicia social, la dignificación de lo popular y la recuperación e institucionalización de valores compartidos.

2. *Ciclo de institucionalización (1940-1960)*: a medida que las contradicciones propias del modelo desarrollista y modernizador comienzan a acentuarse, los movimientos juveniles atraviesan por un periodo de fuerte politización y comienzan a cobrar una impronta urbana y popular. De manera creciente, la acción juvenil busca encauzarse y expresarse dentro de estructuras políticas y organizativas tradicionales, por lo que las juventudes son vistas como el *brazo militante* de organizaciones políticas tanto de izquierda como de derecha. Es, también, el momento de la profesionalización y masificación de los sistemas educativos universitarios.
3. *Ciclo de radicalización (1960-1980)*: inspirados por el auge de movimientos guerrilleros e insurgentes en múltiples países de América Latina y por la profundización de la Guerra Fría, los movimientos juveniles comienzan a incorporarse a agrupaciones armadas que apuestan por la toma del poder, enarbolando la bandera de la revolución y el antiimperialismo. Al mismo tiempo, la instauración y consolidación de gobiernos dictatoriales se traduce en la persecución y criminalización del movimiento juvenil. Las juventudes no institucionalizadas son, en gran medida, consideradas una «amenaza para el Estado». Al mismo tiempo, surgen nuevas prácticas culturales juveniles que contribuyen a la politización de dicho grupo en tanto «modos de contestar el orden vigente y formas de insertarse totalmente» (Reguillo, 2003, p. 17).
4. *Ciclo de recomposición (1980-2000)*: Celi (2018a) se refiere a este momento como «el fin de la sincronía» ya que, entre otras cosas, la acción juvenil cesa de circunscribirse al movimiento estudiantil. Aunado a lo anterior, la erosión de la matriz Estado-céntrica y el triunfo del modelo neoliberal derivaron en una crisis del sistema político y en una creciente desconfianza hacia las instancias tradicionales de organización (como partidos y sindicatos), por lo que la acción juvenil comienza a expresarse a través de canales más democráticos y horizontales. Se *huye* de la burocratización para apostar por una *repolitización* de la vida cotidiana. En palabras de Pudal (2011), los movimientos juveniles

abandonan la figura del *militante heroico* para adoptar la del *militante distanciado*¹.

Como puede observarse a lo largo de este breve y muy general recorrido histórico, las características, inflexiones y reemergencias de los movimientos juveniles latinoamericanos se encuentran claramente asociadas a procesos sociopolíticos específicos y diferenciados que, al mismo tiempo, guardan ciertos elementos en común por lo que pueden ser leídos desde una óptica regional.

Este primer acercamiento a la movilidad juvenil latinoamericana permite entender a las juventudes como construcciones sociohistóricas situadas y relacionales que, al mismo tiempo que reproducen y son moldeadas por los sistemas y contextos en los que se desenvuelven, contribuyen activamente a cuestionar y reorientar dichos modelos. Son, al mismo tiempo, espectadoras y protagonistas de la historia.

A su vez, recorrer y nombrar la historia del activismo juvenil latinoamericano, nos permite resituar a las y los jóvenes como actores centrales en los procesos de transformación social que han acontecido en el continente desde hace más de un siglo.

A continuación, se presentan las particularidades y expresiones de los movimientos juveniles latinoamericanos al interior de lo que se ha llamado los *nuevos movimientos sociales*, identificando continuidades, rupturas y posibilidades de diálogo intergeneracional en relación con los ciclos de movilización tradicionales analizados en este capítulo.

Desde las periferias: los nuevos movimientos juveniles latinoamericanos

De acuerdo con Cubides (2014), el actual ciclo de movilización juvenil latinoamericano se ha centrado en gran medida en interpelar el proyecto neoliberal y sus crisis como sistema regulativo. La lucha por la democracia, la búsqueda del reconocimiento sustantivo de las identidades —sexuales, étnicas, generacionales, entre otras— y la defensa de los derechos humanos, comienzan a generar entre las juventudes una nueva *conciencia de exclusión* vinculada a la reificación de su etapa de vida.

¹ El *militante heroico* pone su vida y su trabajo al servicio de *la causa*, inspirando a compañeros y posibles adeptos a partir de su ejemplo y la obediencia absoluta a la estructura del partido/la organización. El *militante distanciado*, por su parte, busca rescatar intereses y motivaciones individuales, generando diferentes niveles de involucramiento motivados por situaciones coyunturales.

Vommaro (2015), por su parte, menciona que la importancia de las juventudes en las sociedades actuales puede ser pensada con base en cinco elementos: (1) la capacidad organizativa y de movilización que demuestran la mayoría de los colectivos juveniles; (2) la gran visibilidad pública de sus acciones, amplificadas a través de medios digitales y electrónicos; (3) la expansión de las políticas públicas de juventud; (4) las renovadas formas de participación política que las grupalidades juveniles producen en sus prácticas cotidianas, y (5) el interés de ubicar a las juventudes en el centro de los debates y agendas públicas.

Las nuevas movilidades juveniles inauguran, por tanto, nuevos procesos de politización que se despliegan de maneras mucho más orgánicas y descentradas en relación con los ciclos de movilización anteriores y que se alejan de prácticas o canales institucionales, expresándose desde lógicas territoriales y apostando por el establecimiento de alianzas con otros movimientos y reivindicaciones sociales.

Por un lado, las y los jóvenes amplían las fronteras y los espacios de la política y de lo público y, por otro lado, se ubican en los márgenes de las estructuras clásicas de participación, cuestionando el adultocentrismo y la des-subjetivación política propios del sistema neoliberal.

De este modo, contribuyen a materializar lo que Mignolo (2003) denomina «pensamiento de frontera», definido como un pensamiento desde otro lugar, capaz de imaginar un lenguaje otro concebido desde las fronteras del mundo moderno-colonial y proponer un proyecto fragmentado y plural, en vez de reproducir los universales abstractos de la modernidad.

Gracias al pensamiento fronterizo «nos volvemos epistemológicamente desobedientes, y pensamos y hacemos descolonialmente, habitando y pensando en las fronteras y las historias locales, confrontándonos a los designios globales» (p. 181).

En la tabla 1 se explicitan las principales diferencias entre los movimientos juveniles del siglo XX frente a los actuales paradigmas de movilización.

Tabla 1.

Comparativa entre movimientos juveniles en América Latina

	Viejos paradigmas	Nuevos paradigmas
	Identities colectivas en función de códigos socioeconómicos o ideológico-políticos: estudiantes,	Identities construidas en relación con espacios de acción y mundos de

Actores	jóvenes urbanos, jóvenes socialistas, etc.	vida: sexo, preferencia sexual, ecologismo, feminismo.
Contenidos	Mejora de condiciones sociales y económicas en los diversos ámbitos: escuela, barrio, centro de trabajo.	Democracia, medio ambiente, derechos sexuales y reproductivos, derechos humanos, derechos indígenas, paz.
Valores	Centralización y centralismo. El cambio social debe modificar la estructura para que los individuos cambien.	Autonomía e identidad, descentralización, autogobierno en oposición a la burocratización y regulación.
Modos de actuar	Participación altamente institucionalizada, priorización de la protesta masiva, organización piramidal.	Formas poco o nada institucionalizadas. Reivindicación de la participación individual. Organización horizontal y redes vinculantes y flexibles.

Fuente. Rodríguez (2013, p. 22).

La acción directa, la construcción de vínculos abiertos, la escenificación, la politización del cuerpo y la recuperación del arte y la cultura como herramientas de transformación colectiva son estrategias de acción implementados por estas *nuevas grupalidades*, lo que nos permite entenderlas como *movimientos sociales periféricos*, no porque provengan exclusivamente de sectores sociales marginados, sino por situarse en los márgenes de las prácticas políticas centralizadas y apostar por nuevos diálogos interseccionales que multiplican los sentidos de la lucha y la existencia.

En ese sentido, dos de los movimientos juveniles que han irrumpido con fuerza en el escenario sociopolítico latinoamericano son el movimiento feminista y el movimiento estudiantil.

1. *El movimiento feminista*

Es en el 2018 cuando los marcos para la acción colectiva feminista se expanden en América Latina como resultado de un movimiento global en favor de los derechos de las mujeres². Mientras que las primeras *olas* del movimiento se centraban en la lucha por el reconocimiento de derechos políticos y sociales,

² «En el momento que los liceos y las universidades eran ocupados por las estudiantes chilenas, en España miles de mujeres salían a las calles reclamando contra la sentencia judicial del grupo denominado *La Manada*, con *hashtags* tales como el #YoSíTeCreo y lemas como *no es abuso, es violación*. Paralelamente, en la Argentina las mujeres se manifestaban a favor de ‘la legalización del aborto en todas las causales’, instalando en todo el país el *pañuelazo verde* como práctica de reivindicación y bandera de lucha» (Ponce, 2020, pp. 1555-1556).

así como en la defensa de libertades sexuales, la *nueva* etapa del feminismo, sin dejar de lado reivindicaciones de épocas anteriores, se centra en la lucha por las identidades y está en contra una sociedad patriarcal (Ponce, 2020).

Así, uno de los principales objetivos de esta movilización consiste en sacar del espacio privado la violencia contra la mujer y alertar sobre lo que ocurre en el espacio público donde por el hecho de ser mujer se está expuesta a violencia y acoso. En cuanto a las estrategias utilizadas, resulta especialmente novedosa la puesta del mundo privado, el cuerpo y las emociones en el centro de la escena y como elementos de lucha.

Algunos elementos que contribuyen a explicar el auge y el impacto del movimiento feminista latinoamericano, que ha realizado avances significativos en prácticamente todos los países de la región, poniendo la despenalización del aborto en las agendas públicas (como ha ocurrido en varios estados mexicanos desde el 2007), incidiendo en la construcción de políticas públicas con enfoque de género (como la Ley Micaela en Argentina o la ley contra el acoso sexual callejero en Chile), y logrando la tipificación del acoso y la violencia de género como delitos graves, tanto en los espacios públicos como privados (como la tipificación del feminicidio en Colombia), son los siguientes:

El cambio generacional (con anclaje histórico). En los nuevos movimientos feministas, las mujeres jóvenes comienzan a tener un protagonismo inusitado, combinando nuevos métodos de acción (como el *escrache*, el *performance* o la utilización de las redes sociales), con la recuperación y resignificación de una memoria histórica que reconoce el legado de los feminismos del pasado. En Chile y Argentina, por ejemplo, las luchas contra la violencia de género se entremezclan con demandas que recuerdan a las activistas asesinadas, torturadas y desaparecidas durante las últimas dictaduras.

La translocalización y repolitización de los espacios. Existe un nuevo encuadramiento que, sin dejar de mirar a lo comunitario, se expresa en la esfera global, apostando por una *práctica multilocalizada* (Millán, 2009) que permite entren en contacto diferentes espacios, prácticas e identidades. De este modo, se ponen en marcha políticas de traducción que resultan en la reapropiación periférica de teorías y estrategias clásicas que son resignificadas y expresadas localmente. Las subjetividades se deslocalizan y es posible estar *aquí y allá*, develando tensiones, vínculos y contradicciones y, al mismo tiempo, dotando al movimiento de un enorme dinamismo.

Las nuevas alianzas interseccionales y decoloniales. De acuerdo con Matos y Paradis (2012), es en este momento de la historia cuando por primera vez se puede reconocer de manera radical la existencia de circuitos de difusión feminista operados a partir de las distintas corrientes del feminismo (académico, negro, indígena, entre otras) en lo que podría llamarse un «flujo horizontal del

feminismo» con enorme capacidad de movilización. En torno al movimiento feminista, se ha construido un *campo* de acción capaz de aglutinar fuerzas diversificadas, heterogéneas y policéntricas. Retomando a Matos y Paradis (2012): «una nueva forma teórica —transversal e interseccional— de comprensión de los fenómenos de raza, género, sexualidad, clase y generación se desdoblan en la necesidad de pensarse en micro y macroestrategias de acción articuladas, integradas y construidas en conjunto» (p. 100).

2. *El movimiento estudiantil*

A principios del siglo XXI, lo joven-estudiantil deja de tener la importancia que tuvo en otras décadas y lo estudiantil parece subsumirse a la lógica de movimientos sociales más amplios. Existe, pues, una multiplicación y democratización de la categoría *juventud*.

Sin embargo, paulatinamente, comienzan a enarbolarse por todo el continente consignas que denuncian la creciente mercantilización de los modelos escolares y visibilizan los impactos de un sistema educativo supeditado al modelo neoliberal. De este modo, las luchas por la democratización de las escuelas se atan a la lucha por la democratización de las sociedades y la búsqueda de estrategias que —desde la escuela, los sindicatos, las comunidades indígenas, entre otras— tienen una meta común: la recomposición del tejido comunitario y la resistencia al modelo económico actual.

En países como Chile y Argentina, podemos hablar de ciclos actuales de «politización ascendente, interpelación a la sociedad y disputa por la política» del movimiento estudiantil (Muñoz-Tamayo & Durán, 2020, p. 145). En ese sentido, destaca especialmente la *revolución pingüina* en Chile, que movilizó a estudiantes universitarios y secundarios de diferentes sectores sociales en todo el país y que nos ayuda a reconocer la capacidad de las juventudes para exponerse a la esfera pública, inaugurar nuevos tiempos estudiantiles y alterar la agenda política. Entre las principales características de esta renovada movilidad estudiantil podemos mencionar:

La ampliación y articulación de las demandas. Si bien en un comienzo las demandas estudiantiles siguieron la misma lógica corporativista y puntual de años anteriores (como la eliminación de cuotas o la demanda por mejor infraestructura), paulatinamente se fue confluendo hacia demandas de corte estructural que reclaman una refundación de los sistemas de educación pública y una democratización del Estado. Al mismo tiempo, en países como México, Chile y Argentina, las juventudes comienzan a reclamar espacios en la política tradicional, proponiendo sin embargo nuevas formas de movilización y politización de sus agendas.

Uno de los logros más importantes en ese sentido, es el protagonismo de las juventudes chilenas en el proceso de conformación de una nueva constitución que garantice completamente el derecho a la educación y responsabilice al Estado por una educación pública de calidad.

Del mismo modo, el movimiento estudiantil ha logrado articular otras demandas de la sociedad, como el combate a la violencia sexual y de género. En los últimos años, es común encontrar denuncias que, desde el seno de universidades e instituciones escolares, visibilizan casos de acoso perpetrados por alumnos y profesores, abogando por una educación libre de violencia de género.

La mediatización de la lucha. Los movimientos estudiantiles actuales denuncian el carácter corporativista y servil de los medios de comunicación tradicionales y, al mismo tiempo, buscan visibilizar sus demandas y convertirlas en una suerte de *performance* o espectáculo popular que trascienda el escenario estudiantil. Dejando de lado el carácter sobrio y formal de movilizaciones pasadas, las y los estudiantes recurren a batucadas, pintas, *pollerazos* para atraer la atención de la sociedad y, al mismo tiempo, reivindicar una identidad juvenil transgresora. Retomando a Celi (2018b):

La marcha espectáculo tiene como propósito atraer la atención de las cámaras y tratar de modificar la opinión pública, la cámara cumple una función pedagogizadora, punitiva, inhibidora y espectacularizante, por cuanto evita que se realicen desmanes, en la medida de lo posible sugiere marchas innovadoras, ya que la idea es mostrar al joven proactivo y no a un resentido social que destroza ventanales y mancha paredes, las cámaras seducen para hacer movilizaciones con sonrisas y desplegando facultades actorales. (p. 95)

La horizontalidad. Los nuevos movimientos estudiantiles apuestan por sistemas de organización orgánicos y horizontales que ayudan a prevenir la cooptación de sus líderes, situación bastante común en décadas anteriores.

Destaca, como ejemplo, la irrupción en México del movimiento *#YoSoy132*, el cual comenzó como una acción de protesta contra la manipulación mediática y su intento por influir en las elecciones presidenciales, que rápidamente se convirtió en un espacio para reclamar la democratización de los medios, las elecciones libres y la violación sistemática de los derechos humanos de las juventudes, perpetrada muchas veces por las mismas autoridades. Este movimiento horizontal y sin líderes respondió a una etapa coyuntural y, posteriormente, más que desarticularse, se convirtió en una serie de movilizaciones y reivindicaciones deslocalizadas pero con espacios de conexión.

Como puede observarse, ambos movimientos juveniles (el movimiento feminista y el movimiento estudiantil) recurren a estrategias novedosas que reconfiguran la identidad juvenil, reactualizan nuevas prácticas sociales y habilitan una movilización horizontal sostenida en articulaciones periféricas que permite a las juventudes posicionar sus demandas de manera efectiva y lograr cambios profundos al interior de sus regiones y comunidades. De este modo, las y los jóvenes recuperan la política como modo de vida y práctica ética intersubjetiva.

Por último, analizaremos los múltiples impactos de la pandemia del covid-19 en sus objetivos, prácticas y estrategias, visibilizando a su vez algunas de las principales estrategias desplegadas para hacer frente a esta emergencia.

Conclusiones: retos y resistencias ante la emergencia del covid-19

La pandemia del covid-19 ha mostrado en toda su crudeza las enormes brechas de desigualdad que existen en la región, profundizando las violencias y la marginación a las que las juventudes latinoamericanas están expuestas cotidianamente.

Consignas tan sencillas a simple vista como el «quédate en casa», «lava tus manos periódicamente» o «pasemos a lo virtual», se sostienen en realidad en un profundo sesgo clasista que intenta minimizar aquellas barreras que impiden a numerosos grupos sociales ejercer una efectiva labor de cuidados —individuales y comunitarios— (Vázquez & Vommaro, 2020).

La pandemia también afectó profundamente la capacidad de acción de los movimientos juveniles. Tanto el movimiento feminista como el movimiento estudiantil habían resituado al cuerpo en el centro de la lucha política y habían recurrido a las tomas frecuentes del espacio público y de instituciones gubernamentales como una estrategia efectiva de visibilización de sus demandas. Ambas tácticas son prácticamente impensables dentro del contexto actual.

Sin embargo, ambas movibilidades han desarrollado nuevas miradas y acercamientos a su trabajo, mostrando una profunda capacidad de resistencia y adaptación. Entre las principales (re)significaciones podemos mencionar:

La reconceptualización del territorio y de lo público. La pandemia ha trastocado los límites entre lo público y lo privado y ha multiplicado las miradas hacia el Estado y sus responsabilidades en torno a los cuidados.

En ese sentido, organizaciones estudiantiles en Nicaragua como el Colectivo Hora Cero (Horacero, s. f.), han comenzado a desarrollar materiales de prevención del covid-19 con una fuerte impronta política, demandando al Estado

para que garantice el acceso al agua y denunciando los múltiples intentos de privatización de este recurso. Así, el manejo de la pandemia se ata a demandas democratizadoras de corte amplio.

Al mismo tiempo, organizaciones juveniles feministas en países como México (Ciam Cancún, s. f.), Guatemala y Argentina, han desplegado nuevas estrategias para el fortalecimiento de los barrios y la reconstrucción del tejido comunitario, estableciendo líneas de atención directa ante el incremento de la violencia de género por el confinamiento y estableciendo canales de ayuda y comunicación comunitaria. En ese sentido, destaca especialmente la revitalización de las radios comunitarias como herramienta de diálogo *desde abajo*.

La revalorización del trabajo y la educación. Como mencionan Vázquez y Vommaro (2020), en el tejido de esta nueva trama político-comunitaria ha sido fundamental el protagonismo de trabajadores y trabajadoras de la economía popular, incluyendo el profesorado, una profesión progresivamente precarizada en los últimos años. En ese sentido, los movimientos juveniles latinoamericanos demandan que el empleo y la educación se conviertan en fines en sí mismos y dejen de ser medios que permitan sobrevivir al apocalipsis neoliberal. Para ello, despliegan nuevas prácticas educativas que reconocen el protagonismo y la capacidad creadora de las infancias y juventudes y resignifican postulados de la educación popular desarrollados por Paulo Freire. Destacan, por ejemplo, los recorridos comunitarios y los encuentros feministas como prácticas pedagógicas, así como la lucha por la dignificación de las infancias y juventudes trabajadoras en tiempos de pandemia (meleljobal, s. f.).

La translocalización del elemento corporal. El confinamiento por la pandemia se ha traducido también en una profunda revisión de nuestra subjetividad y de los espacios de intersubjetividad que construimos todos los días. Las y los jóvenes, recuperan y significan la experiencia de los *cuerpos confinados* como un proceso político para visibilizar el contenido emocional de la lucha y el impacto de la pandemia en subjetividades concretas.

Así, la pandemia y los espacios de conexión/desconexión que inaugura han permitido a los movimientos feministas y estudiantiles avanzar en la desnaturalización de los cuerpos y en el despliegue de nuevos espacios de conexión emocional y construcción de lo comunitario. Los cuerpos translocalizados y periféricos son, al mismo tiempo, espacios de lucha, resistencia y reinención del cotidiano, y elementos de recuperación y humanización de las subjetividades juveniles.

Es aún muy pronto para sacar conclusiones. No sabemos todavía cuáles serán los impactos de la pandemia a largo plazo y si esta desembocará en cambios sistémicos y estructurales reales. Sin embargo, mirar a los movimientos juveniles

y su apuesta por la construcción de espacios de esperanza tal vez nos dote de ciertas luces para seguir avanzando en la reconstrucción de lo público y lo comunitario desde el despliegue de prácticas humanizantes, diálogos interseccionales y compromisos colectivos.

Sigamos aprendiendo de ellas y ellos.

Referencias

- Almeida, P. (2020). *Movimientos sociales: la estructura de la acción colectiva*. Clacso.
- Alvarado, S., Borelli, S., & Vommaro, P. (eds.). (2012). *Jóvenes, políticas y culturas: experiencias, acercamientos y diversidades*. Clacso, Homo Sapiens.
- Castro-Gómez, S., & Mendieta, E. (1998). *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. Porrúa.
- Celi, C. (2018a). Movimientos estudiantiles en América Latina: ciclos de sincronía y desencuentros. *Revista Universidades*, (76), 7-25.
- Celi, C. (2018b). Capítulo III. Las movilizaciones estudiantiles en América Latina a lo largo del siglo XX y lo que va del XXI: sentidos y disputas. En *Movimientos juveniles: cambios y permanencias en las formas organizativas de los movimientos estudiantiles universitarios en América Latina* (pp. 67-99). Unam.
- Ciam Cancún. (s. f.). *Ciam Cancún*. <https://www.ciamcancun.org/>
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal). (2020). *Juventud*. <https://www.cepal.org/es/temas/juventud>
- Cubides, J. (2014). *Movimientos juveniles contemporáneos en América Latina: juventud y política en la encrucijada neoliberal*. Clacso.
- Escobar, A., & Harcourt, W. (eds.) (2007). *Las mujeres y las políticas del lugar*. Unam.
- Espíndola, F. (coord.). (2016). *Jóvenes en movimientos: experiencias y sentidos de las movilizaciones en la América Latina contemporánea*. Clacso.
- Faletto, E. (2009). La juventud como movimiento social en América Latina. En E. Faletto, *Dimensiones políticas, sociales y culturales del desarrollo*. Clacso, Siglo XXI.
- Horacero. (s. f.) *Horacero*. <https://horacero.org/>
- Liebel, M. (2019). *Infancias dignas, o como descolonizarse*. Ifejant.
- Matos, M., & Paradis, C. (2012). Los feminismos latinoamericanos y su compleja relación con el Estado: debates actuales. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, (45), 91-107.

- meleljobal. (s. f.) *meleljobal*. <https://www.meleljobal.org.mx/>
- Mignolo, W. (2003). *Historias locales diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Akal.
- Millán, M. (2009). Multiculturalismo, derechos de mujeres y feminismo en América Latina. En L. Tapia-Mealla (comp.), *Democracia y teoría política en movimiento* (pp. 47-74). Muela del Diablo.
- Muñoz-Tamayo, V., & Durán, C. (2019). Los jóvenes, la política y los movimientos estudiantiles en el Chile reciente. Ciclos sociopolíticos entre 1967 y 2017. *Izquierdas*, (45), 129-153.
- Ponce, C. (2020). El movimiento estudiantil feminista de 2018: continuidades y rupturas entre feminismos y olas globales. *Revista Izquierdas*, (49), 1554-1570.
- Pudal, B. (2011). Los enfoques teóricos y metodológicos de la militancia. *Revista de Sociología*, (25), 17-35.
- Reguillo, R. (2003). Ciudadanías juveniles en América Latina. *Última Década*, (19), 1-20.
- Rodríguez, E. (2013). *Movimientos juveniles en América Latina: entre la tradición y la innovación*. Senaju, Unesco.
- Slater, D. (1998). Rethinking the Spatialities of Social Movements: Questions of (B) orders, Culture, and Politics in Global Times. En S. Álvarez, E. Dagnino, & A. Escobar (eds.), *Cultures of Politics/Politics of Cultures: Re-visioning Latin American Social Movements* (pp. 380-402). Westview Press.
- Tarrow, S. (2004). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza.
- Tarrow, S. (2011). *Power in Movement: Social Movements and Contentious Politics*. Cambridge University Press.
- Valenzuela, J. (coord.) (2015). *Juvenicidio Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*. Ned Ediciones, Iteso, Colef.
- Vázquez, M., & Vommaro, P. (2020). *Jóvenes y reconfiguraciones de lo público: lecturas desde la pandemia*. <https://www.clacso.org/jovenes-y-reconfiguraciones-de-lo-publico-lecturas-desde-la-pandemia/>
- Vommaro, P. (2015). *Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina*. Grupo Editor Universitario, Clacso.
- Vommaro, P. (2017). *Juventud y desigualdades en América Latina y el Caribe*. Clacso.